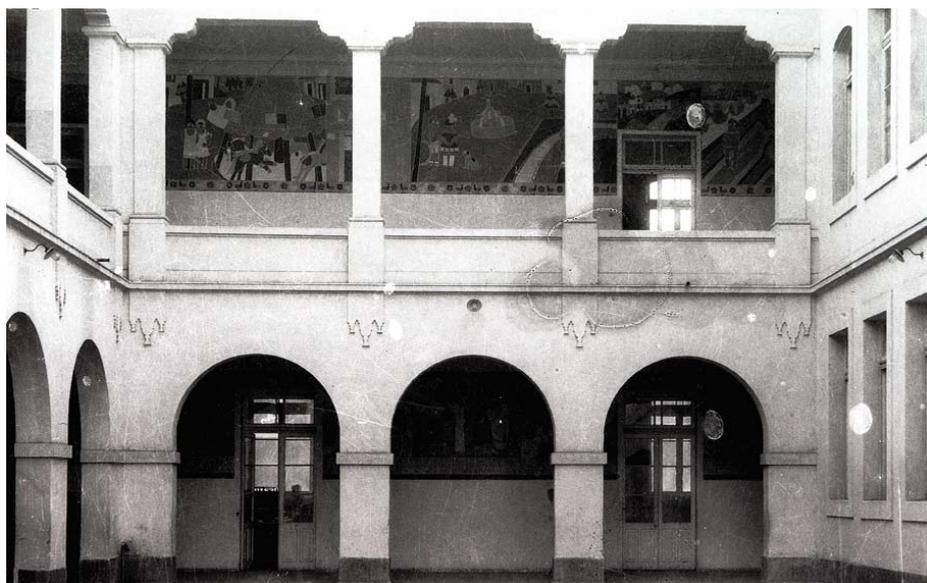


# TODO UN SÍMBOLO: LA ESCUELA BELISARIO DOMÍNGUEZ

*Diana Briuolo Destéfano*



Escuela Belisario Domínguez. Vista general de las dos plantas.

Durante 1922, más de la tercera parte del presupuesto de la Secretaría de Educación Pública (SEP) fue destinado a la construcción y restauración de edificios escolares.<sup>1</sup> Desde que a mediados de aquel año su Secretario, el Lic. José Vasconcelos, estrenara nueva sede para la SEP, los actos inau-

gurales se sucederían con frecuencia en todo el territorio del país. Significativamente, Vasconcelos renunció a la Secretaría de Educación el 30 de

<sup>1</sup>Claude Fell. *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*. México, UNAM, 1989, p. 106.

junio de 1924 pero permaneció en su puesto —mientras le era aceptada su petición— los tres días necesarios para inaugurar (junto con quien debía firmar la “petición”, el Presidente Alvaro Obregón) el Centro Educativo Benito Juárez. La obra merecía el esfuerzo: se trataba de una construcción en la colonia Roma —aún hoy en funciones—, con instalaciones para 4,000 alumnos, dos gimnasios, biblioteca, estadio y piscina. Esta fue la última inauguración de una “escuela-tipo”,<sup>2</sup> según la denominación dada por Vasconcelos a estos complejos escolares.

Es posible encontrar varios ejemplares de estos recintos en el Distrito Federal. El Anexo —en el remodelado claustro del ex-Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo— de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) y la Escuela Belisario Domínguez, son dos de ellos. Al igual que la Benito Juárez, fueron dotados con biblioteca, estadio, gimnasio y alberca. Las escuelas mencionadas tuvieron además otro factor en común: decoraciones murales.

También durante aquel año de 1922, la mayoría de los jóvenes artistas que ya comenzaban a identificarse como “muralistas”, se organizaron alrededor del Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores (SOTPE).<sup>3</sup> Algo más tarde, presentaron su organización a través de un *Manifiesto* desde donde enérgicamente repudiaron “la pintura llamada de caballete y todo arte de cenáculo ultra intelectual por aristocrático”. En

su lugar demandaron un pragmático “arte monumental por ser de utilidad pública”, afín al “sentimiento popular”, “de belleza para todos, de educación y de combate”.<sup>4</sup>

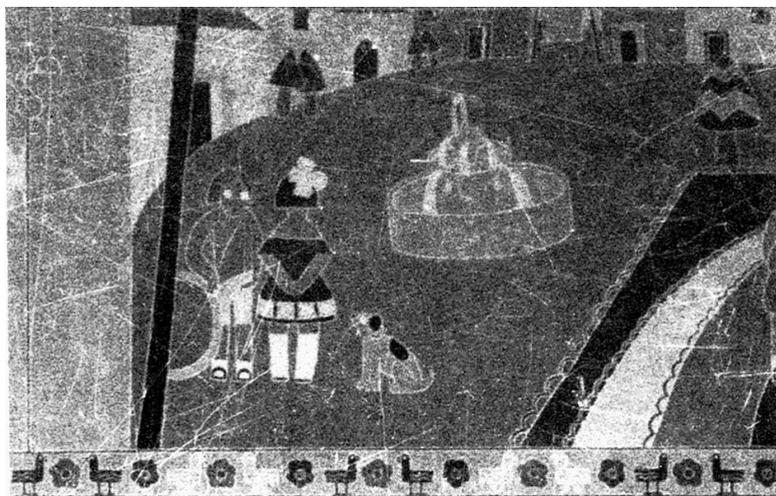
Los artistas firmantes se abocaban a cumplir prontamente con su Declaración de Principios. Roberto Montenegro decoró parte del Anexo de la ENP (la llamada Sala de Discusiones Libres de la Universidad, hoy Museo de la Luz), la biblioteca del Centro Educativo Benito Juárez, y los salones privados de la Secretaría. Diego Rivera, el anfiteatro de la ENP e inmediatamente después, los más de mil quinientos metros cuadrados al fresco, en los muros de la flamante SEP. Colaboraron con Rivera, en calidad de ayudantes, algunos miembros del SOTPE. Entre otros, me interesa destacar a Carlos Mérida y Emilio Amero. Los trabajos de Rivera y Montenegro —afortunadamente—, se han preservado en buenas condiciones. El hecho permite hoy su estudio como producto artístico y, como genuino testimonio de la transformación del sistema político y social del México revolucionario.

Otros casos corrieron con menos suerte. Por ejemplo, el de las obras

<sup>2</sup>Sobre los rasgos de la “escuela-tipo” promocionada por el Ministro, puede consultarse: José Vasconcelos. *De Robinson a Odiseo*, en *Obras Completas II*. México, Libreros Mexicanos Unidos, 1959, pp. 1566-1573.

<sup>3</sup>Jean Charlot. *El renacimiento del muralismo mexicano*. México, Domés, 1985, p. 280.

<sup>4</sup>Dawn Ades. *Arte en Iberoamérica. 1920-1980*. Madrid, Turner, 1992, p. 323.



Carlos Mérida. Fragmentos de murales destruidos. Planta alta.

murales realizadas por Mérida en la antesala<sup>5</sup> y la biblioteca infantil de la SEP o, las de Dr. Atl en el Anexo de la ENP. De estos trabajos sólo conservamos un incompleto muestrario fotográfico que nos permite (mal) conocerlos. Según el propio Dr. Atl, sus murales fueron censurados por el Ministro Narciso Bassols en 1926.<sup>6</sup> Los de Mérida, se perdieron ante la falta de un mantenimiento adecuado.<sup>7</sup> El problema no tiene solución: a diferencia de otras corrientes artísticas, en el muralismo mexicano la obra adquiere sentido en función de la disposición e integración al muro para el que fue diseñada.

Todavía es posible hallar ejemplos con aún peor fortuna que los mencionados. Constantemente la investigación académica da cuenta de muchas obras murales perdidas entre el abandono y el desconoci-

miento, de las que ni siquiera poseemos un registro fotográfico. Escuelas, ayuntamientos, museos, sindicatos, en

<sup>5</sup>Sólo poseemos una descripción de la obra de Mérida en la antesala de la Biblioteca infantil, *Los cuatro elementos*: "una línea espiral es la matriz de toda la pintura eslabonada con la razón 'sección áurea' que da a la decoración estabilidad matemática y perfecto conjunto armónico. Elementos muy americanos forman la base plástica de este trabajo". Ver: Luis Cardoza y Aragón. *Carlos Mérida*. Madrid, Ediciones de la Gaceta Literaria, 1927.

<sup>6</sup>Xavier Moyssén Echeverría. "El Dr. Atl y los antecedentes de la pintura mural contemporánea", *Monumentos Históricos*, Boletín INAH, núm. 4, México, 1980, pp. 71-88.

<sup>7</sup>Jean Charlot. op. cit., p. 308. Charlot describe el estado del mural años después, cuando recababa información para su libro: "Pigmentos descascarados y abundantes remiendos blancos donde la pared ha sido recubierta, hacen que hoy la apreciación del conjunto sea difícil, (...)". Cabe señalar que el recinto en que funcionó la biblioteca infantil fue además modificado, por lo que se desconoce con certeza la real ubicación de las obras.

fin: cuanto edificio hubiera con algún interés social, fue susceptible de ser decorado por el movimiento muralista. Una enorme cantidad de estas pinturas —particularmente, las desarrolladas fuera del Distrito Federal—, apenas son conocidas por alguna referencia escrita. El caso de la Escuela Belisario Domínguez en la Colonia Guerrero (en las calles de Héroes y Zarco), resulta paradigmático para ilustrar estos comentarios.

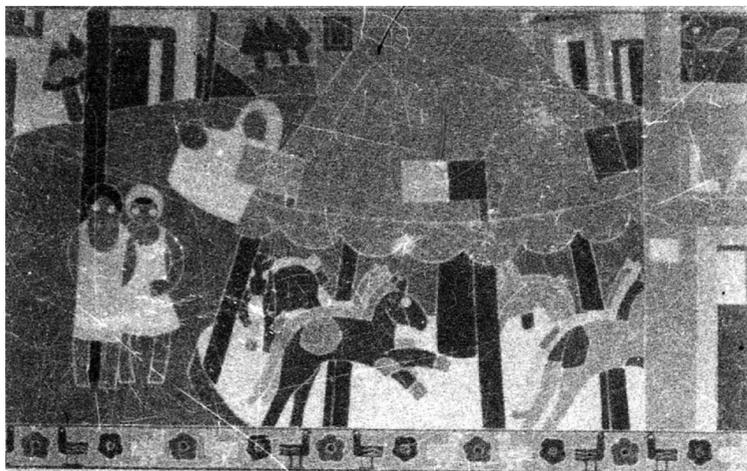
El Centro Cultural Belisario Domínguez —como se denominó originalmente— fue inaugurado por el Ministro José Vasconcelos en junio de 1923. El edificio para entonces, marcaba un importante hito. “Hacemos, pues, saber que por fin hay en la Capital de la República una escuela moderna de tipo genuinamente mexicano; que puede servir de modelo a las demás de la Patria”,<sup>8</sup> señaló el

Secretario en su apertura. Efectivamente, la edificación —con capacidad para 1000 alumnos, 18 salones de clase, gimnasio, estanque para natación y estadio—, fue la primera de las llamadas “escuelas-tipo” en ser puesta en funciones. Otras similares eran proyectadas por el Departamento de Construcciones de la SEP por esas fechas. En ellas nada era dejado al azar. El Secretario de Educación, hasta destacó orgulloso en el acto inaugural las intenciones detrás del “estilo alegre de [la] ornamentación” exterior de ajaracas (en lugar del típico “tono sombrío del tezontle”): “queremos que los niños disfruten de un

<sup>8</sup>José Vasconcelos. “Inauguración de la Escuela ‘Belisario Domínguez’”, *Boletín SEP*, I, 4, pp. 11-13. Las frases entrecomilladas que se citan a partir de aquí, pertenecen a este discurso.



Murales, hoy destruidos, ubicados en los pasillos de la planta baja.



Carlos Mérida.  
Fragmentos  
de murales  
destruidos.  
Planta alta.

ambiente claro". Incluso, aspiraba a completar la Belisario con "un museo y campo de experimentación" que no alcanzó a realizarse. Funcionaría junto a la gran Biblioteca Cervantes —aún en construcción— en un terreno anexo a la escuela, a inaugurarse unos meses después.<sup>9</sup> De acuerdo a la planeación de Vasconcelos, la ubicación en las afueras del edificio para Biblioteca y Museo, permitiría tanto el acceso de los escolares como del "público del barrio". El inmueble todavía sobrevive aunque completamente cerrado en manos de un sindicato.<sup>10</sup>

Vasconcelos se jactó de no haber "seguido modelos extraños, ni en la arquitectura ni en el decorado".<sup>11</sup> Con la frase se refería al "estilo poblano" que normó el revestimiento del frente del edificio y a los azulejos que conforman la placa conmemorativa de aquella inauguración. Las pinturas murales que revistieron la escuela se iniciaron

no mucho antes de su apertura, por lo que apenas fueron mencionadas por el Secretario: "en los corredores pueden ya verse cuentos de *Las Mil y Una Noches*, pintados por artistas de la Academia de Bellas Artes". Los artis-

<sup>9</sup>La Cervantes tuvo capacidad para atender a 180 lectores adultos y 150 infantes. Una muy sencilla ceremonia de apertura se efectuó el 28 de enero de 1924 a mediodía. Dos horas antes Vasconcelos había presentado su renuncia como reclamo ante el asesinato del senador Francisco Field Jurado. Ver "Inauguración de la Biblioteca Pública 'Miguel de Cervantes'", *Excelsior*, 29 de enero de 1924, p. 5; "Renunció el Secretario de Educación, Vasconcelos", *El Universal*, 29 de enero de 1924, p. 1.

<sup>10</sup>Conocemos que en este recinto existen algunos importantes murales. Sin embargo, no sabemos cómo acceder al lugar; tampoco, a quien pertenece realmente. Lo cierto, es que permanece cerrado.

<sup>11</sup>En realidad el Secretario tuvo que admitir que en aras de la "elegancia y sencillez del edificio", debió importarse "el material sanitario", única excepción a los elementos autóctonos empleados.



Murales,  
hoy destruidos, ubi-  
cados en los pasillos  
de la  
planta baja.

tas —más próximos al SOTPE que a la Academia—,<sup>12</sup> eran nada menos que Carlos Mérida y Emilio Amero.

Sólo por los escuetos comentarios de Vasconcelos al respecto, conocíamos las pinturas de la escuela Belisario Domínguez. También, como en otras ocasiones, contábamos con viejas fotografías: tres, en blanco y negro, publicadas en 1925.<sup>13</sup> Dos de ellas muestran parte de las minuciosas decoraciones de Amero. La primera, es una representación alegórica de una sentencia de Simón Bolívar: "Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente"; fue pintada en el cubo de la escalera principal. La segunda,<sup>14</sup> probablemente simbolice dos de "las varias razas de que están pobladas Centro y Sudamérica",<sup>15</sup> de acuerdo a un posterior —y confuso— relato de su autor. Según este testimonio, fueron ejecutadas en "témpera a

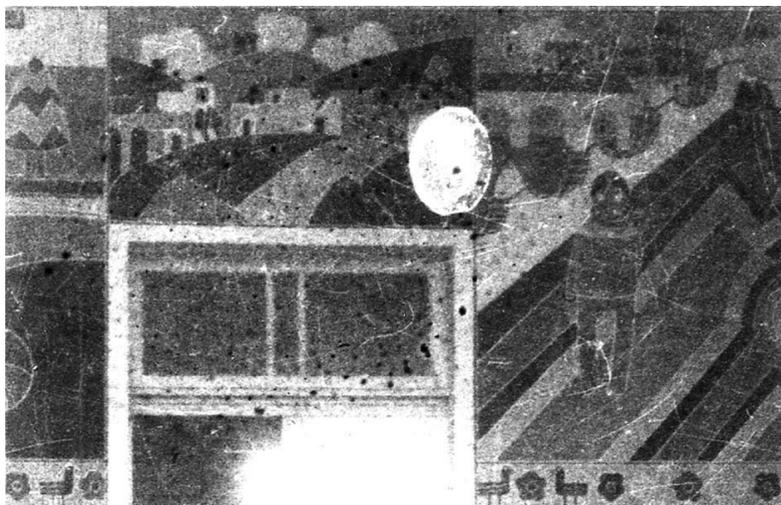
base de caseína", ante la imposibilidad (temporal) de hacerlo al fresco.

<sup>12</sup>Emilio Amero había dejado la Academia en 1917, participando en una exposición colectiva en 1921. Carlos Mérida nunca estudió en ella, siendo proverbial su aversión hacia la misma (sí realizó allí una individual, en agosto de 1920). Carlos Mérida. *Modern Mexican Artists*. México, Frances Toor Studios, 1937, pp. 11, 105; Fausto Ramírez. *Crónicas de las artes plásticas en los años de López Velarde. 1914-1921*. México, UNAM-IIE, 1990, pp. 118-121, 193.

<sup>13</sup>*Edificios construidos por la Secretaría de Educación Pública*. México, SEP, 1925.

<sup>14</sup>Si bien la fotografía se anuncia como perteneciente a la "escuela", creo corresponde al edificio de la Biblioteca Cervantes. En la Belisario no se ve un espacio acorde con la disposición reproducida. Es fácil confundir los inmuebles, ya que comparten varios elementos arquitectónicos (entre ellos, la ventana -o puerta- que muestra la foto).

<sup>15</sup>Jean Charlot. op. cit., p. 309. Amero escribió para la obra de Charlot un texto en donde refiere su experiencia en "la Biblioteca Principal de la Secretaría de Educación", de la que admite no recordar con exactitud el nombre.



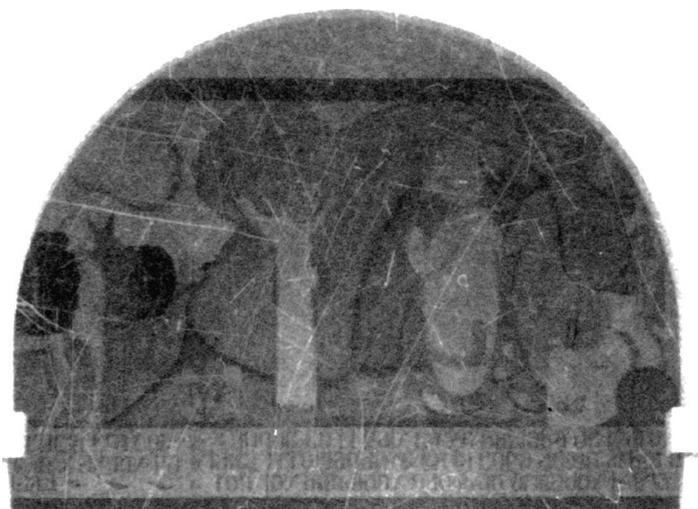
Carlos Mérida.  
Fragmentos de murales destruidos.  
Planta alta.

La tercer fotografía de la Escuela Belisario Domínguez lleva por leyenda: “En los corredores de la planta alta, decoración de Carlos Mérida”. Lamentablemente, en “los corredores de la planta alta” sólo fue posible observar una gran mancha negra, por lo menos hasta hace unos meses. Si bien el hecho es muy poco frecuente, tras más de siete décadas aparecieron algunos de aquellos negativos publicados por la SEP en el año de 1925.<sup>16</sup> La anterior “mancha negra” fue revelada en la Fototeca del Instituto de Investigaciones Estéticas con una exposición de luz menor a la original: quedaron al descubierto las imágenes que reproducen parte de las ya perdidas obras de Carlos Mérida. A primera vista, parecen representar unas alegres escenas infantiles al aire libre: juegos (aro, pelota, carrusel) en una plaza de la ciudad. Formalmente pertenecen a la eta-

pa de Mérida llamada “americanista” —ensayada entre 1915 y 1925—,<sup>17</sup> en la que el pintor intentó concebir una pintura de carácter universal que connotara además, las raíces de su origen americano. Estas composiciones se caracterizaron por la simplificación geométrica de sus figuras, pintadas en colores planos y, organizadas alrededor de una estructura cuidadosamente equilibrada. Es probable que las escenas de la Belisario se relacionaran entre sí a través de alguna parábola dedicada a los niños. Una guarda de

<sup>16</sup>Desafortunadamente el Archivo Histórico de la SEP no está completamente ordenado, además de haber sufrido varias mudanzas (nada favorables para estos negativos de vidrio).

<sup>17</sup>Ver: Alicia Sánchez Mejorada de Gil. “Su relación con las vanguardias”, *Homenaje Nacional a Carlos Mérida. Americanismo y abstracción*. (Catálogo de exposición en el Palacio de Bellas Artes). México, INBA, 1992, pp. 67-92.



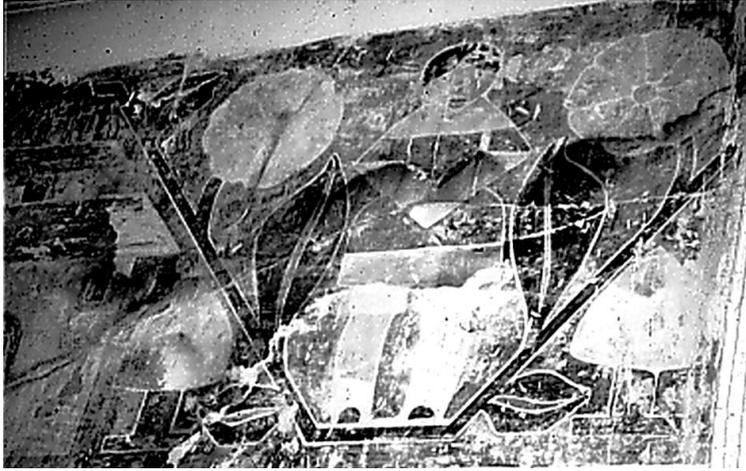
Murales,  
hoy destruidos,  
ubicados en los  
pasillos de la planta  
baja.

flores y animalitos decora el extremo inferior de los pasajes.

Además, en el valioso negativo se alcanzan a observar unas sugerentes escenas ubicadas en los pasillos de la planta baja de la escuela, las que posiblemente pertenezcan a Emilio Amero;<sup>18</sup> llevan textos —todavía ilegibles—, en la orilla inferior. Estas sí parecen ser *Las mil y una noches* a las que Vasconcelos se refiriera en 1923. Por lo menos se observan —además de alguna construcción oriental—, dos personajes vestidos con babuchas, caftán y turbante. Son rodeados por un par de asnos —o caballos—, bultos y cofres; se enfrentan a una gran roca en la que se abre una abertura a modo de acceso. Creo, no hacen falta más datos para poder establecer la correspondencia de este episodio con las aventuras de Alí Babá y la famosa cueva de ladrones.

Aquí no acaba el afortunado hallazgo en el Archivo Histórico de la SEP. Identificamos un cuarto negativo de la Belisario Domínguez, en el que se ven otras pequeñas decoraciones de Mérida hasta hoy desconocidas: macetas con flores adornan los modernos capiteles del primer piso y el plafón de uno de los techos. También, se alcanza a observar en la foto un friso, en el que geométricamente alternan simplificadas niñas, casas, y

<sup>18</sup>Esta es sólo una suposición, basada en los pocos datos conocidos. En la nota de Emilio Amero anteriormente mencionada, el pintor recuerda las quejas de Vasconcelos ante "tantos indios que estaban siendo pintados". Según su relato, el Ministro reclamó pasajes de obras clásicas para decorar los muros públicos, por lo que "esa misma noche, los andamios, escaleras y pinturas fueron retirados". Sin embargo, alguien pintó los "clásicos" deseados por el Secretario.



Carlos Mérida.  
Detalle del  
friso. Escuela  
Belisario  
Domínguez.  
Foto: Diana  
Briuolo.

árboles. Este friso en particular, conformaría un importante antecedente de las rítmicas y constructivas composiciones que finalmente identificarían la obra del pintor guatemalteco.

Desconocemos las causas por las que las valiosas pinturas de Carlos Mérida y Emilio Amero desaparecieron de los muros de la Belisario Domínguez (aunque es fácil presumir que sin el mantenimiento conveniente, no tuvieron ninguna posibilidad de subsistencia). Lo cierto, es que aquellos corredores fueron nuevamente decorados a partir de 1951. El episodio obedeció a otro hecho fortuito: la creación de la Escuela de Pintura y Escultura de la SEP —mejor conocida como “La Esmeralda”—, cuya sede coincidió con las proximidades de la Belisario. También, al interés del Director de la escuela primaria, el profesor Blas Barbosa Torres, que otorgara “la autorización para que los pintores y

estudiantes de la Escuela de Pintura y Escultura cubran con sus murales, si así lo desean, todo el edificio de la Belisario Domínguez”.<sup>19</sup> El profesor Barbosa parece haber sido un verdadero entusiasta de la obra educativa revolucionaria. No sólo promovió la pintura mural, sino que personalmente se encargó de mantener el edificio escolar en condiciones. El periódico *Excelsior* por entonces destacó: “él y los maestros han luchado para que se hagan las reparaciones y adaptaciones convenientes en el local (...) en ocasiones todos ellos, han tenido que dar dinero de su peculio para las obras”.<sup>20</sup> Quizás el Director Barbosa diera aquella concesión a los alumnos de La Esmeralda en recuerdo de las

<sup>19</sup>César Lizardi Ramos. “El muralismo. Escuela de La Esmeralda”, *Excelsior*, 19 de agosto de 1951, pp. 7C, 10C.

<sup>20</sup>*dem.*

primeras pinturas vasconcelistas que, seguramente, fueron motivo de orgullo para la escuela.

Hubo un segundo Director que contribuyó a los hechos: el de La Esmeralda, el pintor Antonio Ruiz, el Corcito. Este sencillo y reconocido maestro apoyó las iniciativas de sus alumnos desde que se fundara la escuela en 1942. Sabemos de su esmerada dedicación, a fin de obtener las particulares condiciones que un establecimiento de enseñanza artística requiere.<sup>21</sup>

En busca de información para el presente número de *Crónicas* –dedicado a las muchas obras concebidas por los artistas muralistas para las escuelas de la SEP–, acudimos a la Belisario Domínguez. Otra vez, nos encontramos con algunas sorpresas. En los muros del primer patio hallamos la obra realizada durante la administración de Antonio Ruiz, a la que aludíamos anteriormente. Como suponíamos, se trata de un extenso fresco en el que simbólicamente se representan algunos aspectos de la Revolución: sus actores principales, la lucha armada, las conquistas sociales. A pesar del tiempo transcurrido el mural subsiste, aunque ya bastante deteriorado. No se distinguen las firmas de los alumnos ejecutantes, pero sí la del Director de la Escuela de Pintura y Escultura Antonio Ruiz. También, la del profesor que dirigió el trabajo mural: Pablo O'Higgins.

La sorpresa: los frescos de 1951 no son los únicos. Tal como autori-

zara su Director entonces (“cubran con sus murales, si así lo desean, todo el edificio”), los alumnos de La Esmeralda –con el correr del tiempo–, cubrieron *toda* la Belisario Domínguez. En suma, esta escuela primaria cuenta con muy importantes trabajos murales, en lo que suponemos una superficie muy por encima de los quinientos metros cuadrados. Todos estas obras –pintadas entre 1951 y 1973–, relatan episodios de la historia de México, desde los tiempos prehispánicos hasta la Revolución de 1910. Evidentemente dedicadas a los niños –y de acuerdo con las consignas vertidas en aquel viejo *Manifiesto* del SOTPE: “[un arte] de belleza para todos, de educación y de combate”–, las pinturas hacen énfasis en los beneficios que conllevan el trabajo y la educación. Se hace necesaria una investigación exhaustiva de estas obras a fin de valorarlas con mayor precisión. Por lo pronto se alcanzan a leer algunas firmas, entre las que figuran conocidos nombres como lo son los de José Hernández Delgadillo, Leopoldo Flores o Maris Bustamante. En verdad, no es posible observar los frescos de la Belisario en su totalidad: muy buena parte de ellos se esconden tras enormes pilas de misteriosos

<sup>21</sup>Luis Barrios. “Antonio Ruiz ‘El Corcito’”, *Exposición Homenaje. Antonio Ruiz “El Corcito”*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura - Museo Felipe S. Gutiérrez - Museo José Ma. Velasco, 1994, p. 24.

“obstáculos” (muebles y paquetes).<sup>22</sup> Esta obstrucción se suma a lo que ya parecen irreparables pérdidas de material. Desde aquí, pedimos por una adecuada restauración y preservación, a fin de realizar nuestro trabajo y, de conservar este importante testimonio artístico.

Ya en la escuela, se buscó identificar el lugar elegido por Carlos Mérida para realizar las decoraciones —capiteles, plafón y friso— observadas en la nueva fotografía hallada en la SEP. Las ubicamos y —sorpresa—, nos encontramos con aquel viejo



Fresco en la Escuela Belisario Domínguez.  
Murales ocultos por muebles y bultos.  
Foto: Diana Briuolo.

friso de 1923. El hecho parece obedecer a un casual ejercicio realizado años atrás, por la Escuela de Restauración Manuel Castillo Negrete del ex-Convento de Churubusco. El hallazgo entre otras cosas, permite valorar uno de los aspectos más interesantes de la producción de Mérida: el color. Confirmaría algunas de las descripciones conocidas, en las que se enfatiza el carácter “tropical” del mismo: “malvas, bronce y verdes frutales”.<sup>23</sup> Nada nos impide suponer, que el resto de los pequeños decorados permanece bajo la actual pintura blanca. Insistimos, en la importancia histórica y artística de esta escuela primaria, así como en el reclamo de una ya más que merecida atención por parte de las autoridades competentes.

Originalmente, José Vasconcelos pensó en llamar a esta primaria “Escuela Modelo”. Es fácil deducir que el nombre apuntaba a subrayar el carácter de ejemplo —educativo y edilicio—, a seguir por la Secretaría de Educa-

<sup>22</sup>Fue imposible conocer el motivo por el cual aquellos bultos se hallan en el lugar. Las autoridades y trabajadores de la primaria —de los turnos matutino, vespertino y nocturno— coinciden invariablemente en la siguiente afirmación: “órdenes de la Subsecretaría”.

<sup>23</sup>Jean Charlot. op. cit., p. 308. Charlot en realidad se refiere en su descripción al mural de la Biblioteca Infantil de la SEP, *La Caperucita Roja*. No obstante, esta característica “tropical” parecería identificar por entonces a la obra de Mérida. Otra descripción similar, se encuentra en Luis Cardoza y Aragón. *Gerzso, Mérida, Tama-yo*. México, 1978, INBA, pp. 64-65. Ver: Fausto Ramírez. op. cit., p. 121.



Fresco en la Escuela Belisario Domínguez. Muestra el estado pésimo de conservación de los murales. Foto: Diana Briuolo.

ción. El Presidente Alvaro Obregón fue quien luego le asignara el de Belisario Domínguez, “una de las glorias más puras de la Revolución”.<sup>24</sup> El nombre dado por el General Obregón fue sin lugar a dudas el más apropiado. Con la renuncia de Vasconcelos a la SEP un año más tarde, se detuvo la construcción de estas “escuelas-tipo”. En cambio, el nombre del tenaz senador chiapaneco —asesinado por oponerse abierta y valientemente a Victoriano Huerta 10 años atrás—, pasaba a consolidarse como un reconocido símbolo de resistencia. Casi no parece casual el tema elegido por la artista Maris Bustamante para el mural dedicado al Dr. Belisario Domínguez en 1973. En él la silueta del senador mexicano se funde con la del cubano José Martí y la del chileno Salvador Allende. El lugar

elegido —uno de los pocos aún sin pintar—, fue el mismo en que alguna vez Emilio Amero representara una frase del abanderado de la unión latinoamericana, Simón Bolívar.<sup>25</sup>

Alguien diría que la Escuela Belisario Domínguez hace honor a su nombre. Ojalá tenga un final menos trágico.

<sup>24</sup>Vid. supra, nota 8.

<sup>25</sup>En principio, la artista Maris Bustamante no conocía las obras de Mérida y Amero. Sí tuvo presente la significación de su trabajo mural —en conmemoración del 50 Aniversario de la escuela—, inscrito en el movimiento iniciado en 1922 y continuado —entre otros—, por sus maestros de La Esmeralda. Para la ejecución la pintora abrevó en los estudios compositivos desarrollados por David Alfaro Siqueiros. Fue dirigida por un discípulo del muralista, el maestro Armando López Carmona. (Conversación telefónica personal, 28 de febrero de 1999).